

Pasado, presente y futuro:

Las Malvinas como encrucijada

Eduardo Haro Tecglen

DE quien son, realmente, las Malvinas? Sabemos que el derecho, y muy claramente el derecho internacional es una materia hecha para la interpretación: de otra manera no habría pleitos, litigios, tribunales y sentencias. Sabemos que la Historia es una ciencia especulativa con una condición muy especial: especula sobre el pasado, sobre lo ya sucedido, lo cual produce un cierto malestar. Los escolásticos tenían por dogma que Dios tiene un poder absoluto al que sólo se le podía poner un límite: el de enmendar el pasado. Se tenía el pasado por lo único concreto, lo único indiscutible. Nuestro tiempo no nos permite siquiera esa única clase de certidumbre, y hemos aprendido ya que también el pasado es dudoso. Quizá un hecho sucedió de una sola manera y tuvo unas únicas causas y unas únicas consecuencias. Pero el pasado se caracteriza porque no existe más que en sus huellas y en sus relatos: es decir, en materia para la especulación.

Se dice de las Malvinas que sus descubridores fueron los ingleses. John Davys llegó a ellas en el «Desire», año 1592; después llegó Sebald van Weerdt, y las dio su propio nombre: fueron, durante mucho tiempo, las Islas Sebaldinas. Casi un siglo después, en 1690, apareció el capitán John Strong, y les cambió el nombre: las llamó Falkland, en homenaje al tesorero de la Armada, Lucius Carey, vizconde de Falkland. Era muy conveniente para un capitán rendir un homenaje a un tesorero de la Armada, personajes de gran poder aunque habitualmente de escasa ciencia (Samuel Pepys cuenta en su diario cómo, siendo ya administrador general de la Armada británica, aprendió con grandes apuros y esfuerzos la tabla de multiplicar). Entre tanto, las Islas Falkland, antes Sebaldinas, no eran más que unos islotes ventosos y glaciales, desde cuyas costas los pingüinos y las focas veían con cierto asombro el chorro de agua de una ballena pasajera y con alguna notable inquietud la esporádica llegada de un navío. Así empieza, más o menos, el relato in-

glés de la historia de las islas en las que hasta entonces había habido sólo vida animal, pero no humana: no se han encontrado nunca indicios de pobladores primitivos.

La historia francesa cuenta otras cosas. Cuenta que desde mucho antes que los ingleses y que el holandés Sebald Van Weerdt llegaban a ellas los marineros franceses: los barcos bretones que iban a cazar focas. Les dieron un nombre, el de Malouines. Era un homenaje a Saint-Malo, el puerto del que procedían. Así nos encontramos ya que antes de tener ningún habitante ni ser objeto de ningún litigio serio, estas islas tenían tres nombres en el siglo XVII: Sebaldinas, Falkland, Malouines. Con los dos últimos nombres figuran todavía en los textos de los dos países que se lo dieron; y una corrupción del nombre francés, hecha por los españoles que ocupaban el continente, fue el nombre de Malvinas, que es el que oficialmente tienen hasta ahora en los países de habla española.

El primer intento de colonización, de dotar de habitantes al archipiélago lejano y frío, fue francés. Lo emprendió Louis-Antoine De Bougainville, viajero y aventurero que fue viendo, ya en el siglo XVIII, la desaparición del imperio francés. El mismo fue el coronel que tuvo que entregar el Canadá a los ingleses. Bougainville quiso reparar su humillación militar y la decadencia de su patria descubriendo nuevas tierras para Francia. Leyó un libro que se llamaba «Terra Australis Incognita» —autor, el «Presidente de Brosses», llamado así porque lo fue del Parlamento de Borgoña desde 1740— y pensó que por esas tierras desconocidas podrían encontrarse territorios nuevos para Francia, y establecer algunas bases para que la flota francesa pudiera equilibrar el poderío naval británico. Los relatos de los cazadores de focas de Saint-Malo le hicieron pensar en las Islas Malvinas, cuya «feliz posición —escribió Bougainville— podría servir a los navíos que van a los mares del Sur, y de escala para los descubri-



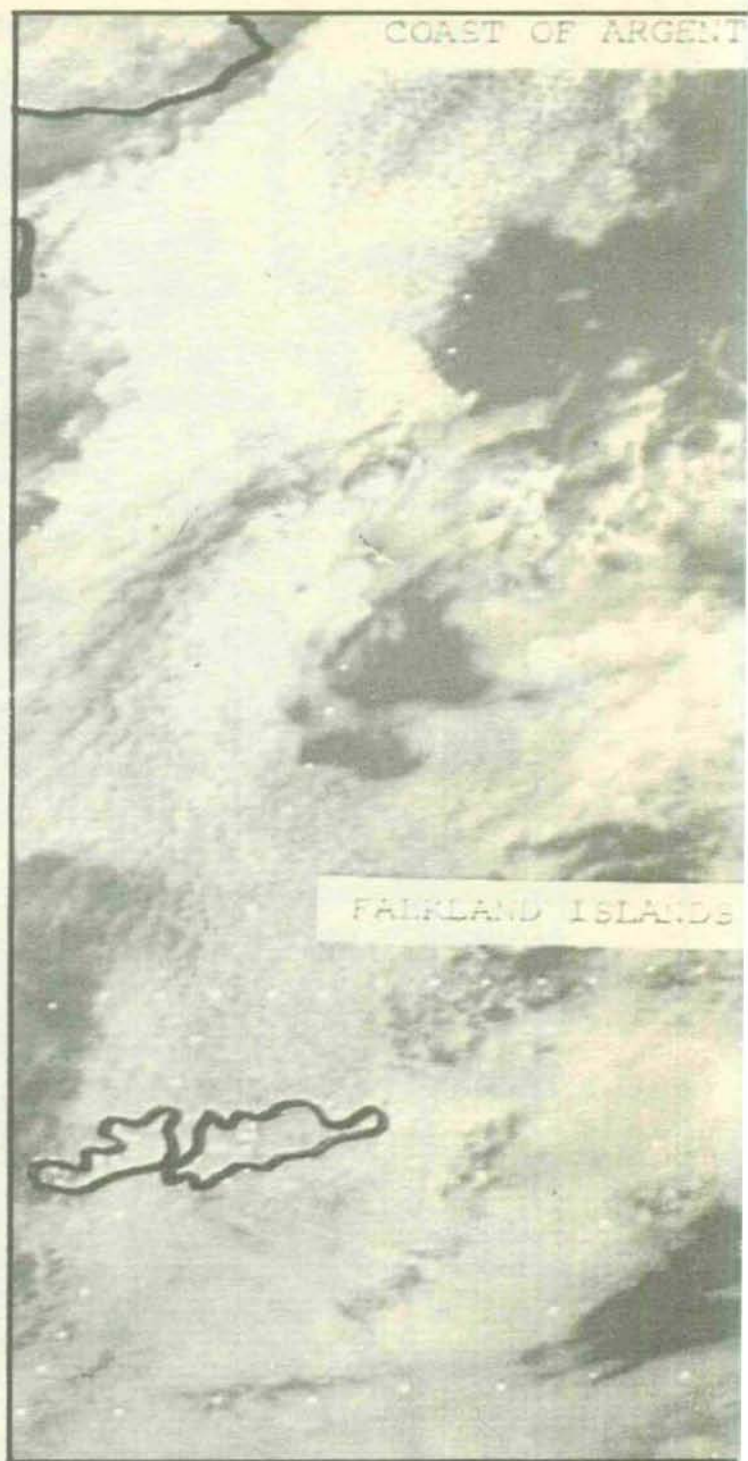
Las islas Malvinas (señaladas con una flecha), situadas en el Atlántico Sur en la plataforma continental argentina.

Fotografía vía satélite de las Islas Falkland (Malvinas) y la Georgia del Sur; en la parte superior de la foto, costa Sur de la Argentina.

mientos de tierras australes». Le escuchó la corte, le escuchó el Duque de Choiseufl —el que había perdido el Canadá; Bougainville le honró dando su nombre, que aún lleva, el estrecho que parte en dos una de las islas— y se fue a colonizar, una vez fundada la «Compagnie de Saint Malo», y llevó consigo a los colonos expulsados de las provincias marítimas del Canadá para que comenzasen una nueva vida. Llegaron, después de casi cinco meses de navegación, en enero de 1764, y se establecieron en lo que llamaron Puerto Luis (por Luis XV), que luego se ha llamado Puerto Stanley y ahora, después de la ocupación, Puerto Argentino. Más tarde llevó nuevos colonos, mientras la ciudad aumentaba naturalmente por cuestiones de nacimientos.

Aquí aparecen de nuevo los ingleses. El capitán John Byron fue a visitar las «tierras de Davys» (por John Davys, su descubridor en 1592; las vio ya con un principio de población, le molestó mucho y dejó un destacamento en lo que se llamaría Puerto Egmont; meses después llegarían barcos británicos con un centenar de colonos voluntarios (mas o menos: algunos eran deportados) y lograron implantarlos declarando las Islas como propiedad de la Corona británica.

En aquel momento los españoles sintieron ya que las dos potencias europeas estaban jugando con algo que en realidad era suyo, en razón de la proximidad a un continente que era de la Corona española: se alegó entonces la famosa bula papal que dividía en dos los imperios de Portugal y de España, y según ella las Malvinas eran españolas. La reclamación fue hecha directamente a Francia, que en esa época no tenía ningún interés en plantarse frente a España y que dudaba mucho de que las Malvinas pudieran ser alguna vez de utilidad. Eran, sobre todo, costosas. Francia obligó a Bougainville a entregar las Islas a España, pero el francés decidió sacar algún partido: fue a Madrid, negoció, y obtuvo que España le pagase el dinero gastado por la «Compagnie des Malouines», incluso con un 7 por 100 de interés; y el Rey de Francia se comprometió a financiarle un viaje alrededor del mundo (que fue el que le haría popular y famoso). Bougainville volvió a las Malvinas, acompañado ya de dos fragatas españolas —la «Esmeralda» y la «Liebre»—, mandadas por don Felipe Ruiz Puente, nombrado ya gobernador de las Malvinas; llegaron a Puerto Luis —que perdió su nombre: iba a ser «Puerto Soledad», nombre que explica ya la sensación de los españoles en aquellos lugares— y se arrió la bandera francesa y se izó la española. Los colonos franceses se fueron en los



barcos de Bougainville, excepto unos cuantos que se quedaron con los españoles. Era el 1 de abril de 1767.

Mientras tanto los ingleses de Puerto Egmont permanecían, se reproducían y continuaban insistiendo en que las Islas eran propiedad de Su Majestad Británica. Las negociaciones con ellas resultaron imposibles; y los españoles decidieron expulsarles por la fuerza: el «incidente de las Malvinas» (1770) estuvo a punto de producir una guerra entre Gran Bretaña y España. Los ingleses expulsados volvieron en el año siguiente, pero tres años después se marcharon de nuevo, voluntariamente. Habían descubierto que el lugar era más bien inhabita-



SOUTH GEORGIA

ble, y que a la Corona británica le importaba muy poco. Fueron, pues, las Malvinas enteramente españolas: hasta que se proclamó la independencia de la Argentina. En 1829 los argentinos enviaron un navío con nuevos colonos, que encontraron la vida demasiado dura y que se iban en cuanto podían. Esta experiencia argentina duró unos tres años: en 1831 los Estados Unidos enviaron una corbeta, la «Lexington», y proclamaron que las Islas estaban «libres de todo gobierno». Una tierra de nadie. Vacío que los británicos quisieron llenar de nuevo. Gran Bretaña nunca había aceptado oficialmente la pérdida de su soberanía, aunque hubiera evacuado su pequeña colonia. En

1833 las condiciones de navegación eran ya mejores, y más rápidas, y las Malvinas podían ofrecer algún interés. Volvieron los británicos y las ocuparon para una batalla importante contra una flota alemana, a la que hundieron y capturaron; en la II Guerra Mundial instalaron allí importantes bases de comunicaciones y de operaciones navales.

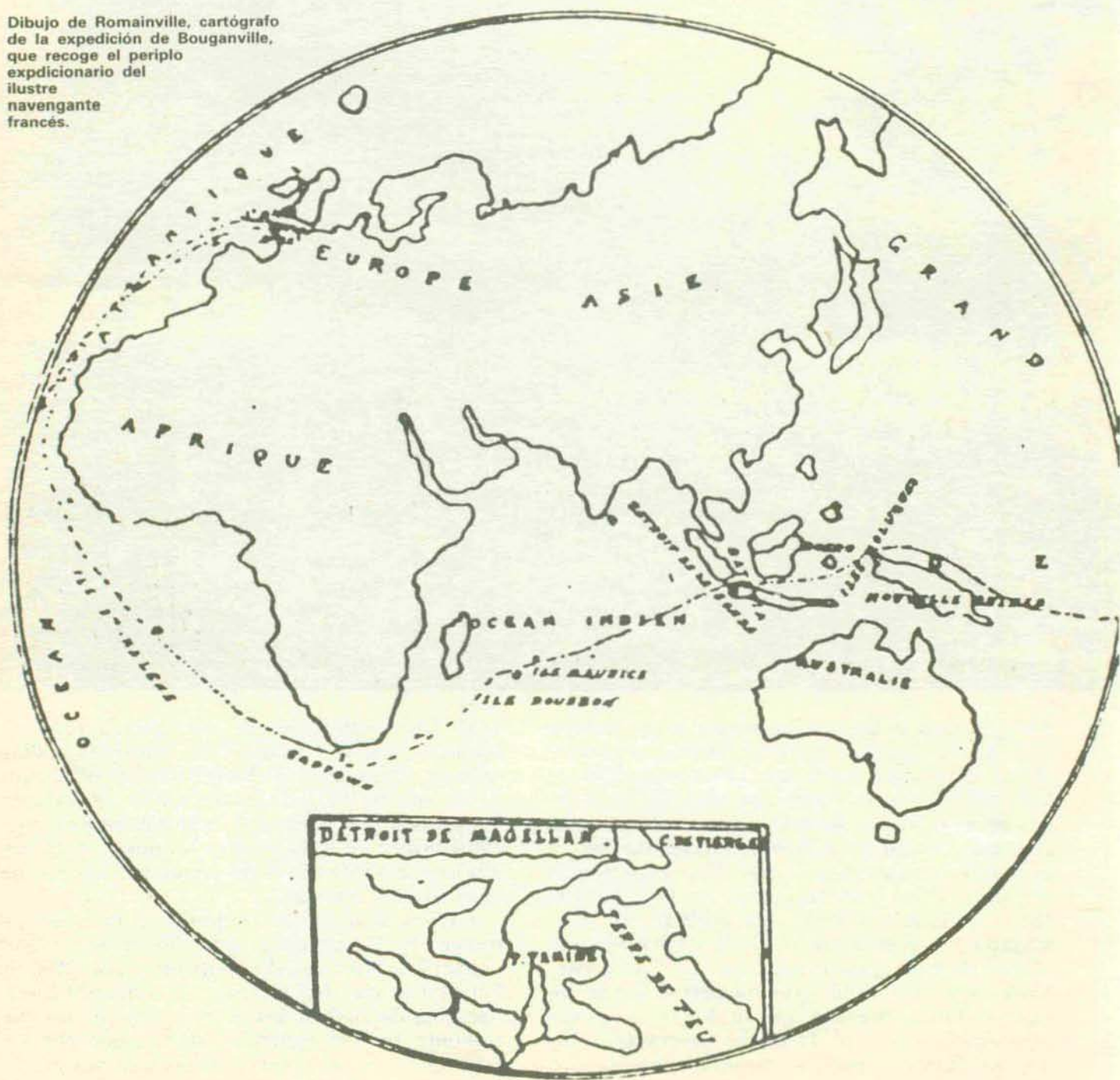
Las reclamaciones argentinas no cesaron nunca. Ni las chilenas, que alegan una mayor proximidad territorial y la misma capacidad de heredar lo que fue español. El Tribunal Internacional de Justicia no se pronunció nunca claramente en los recursos establecidos por los tres países, y las diversas negociaciones en or-

ganismos internacionales no han dado resultado. Así estaban las cosas cuando el 2 de abril la Junta Militar que gobierna la Argentina realizó lo que en diplomacia se llama «un hecho consumado», la invasión de las islas; y, veinte días después, se producía la llegada de la flota inglesa y los incidentes graves —la guerra no declarada— que están ya en los diarios.

Aquí, sobre este simple resumen —en una historia donde cada incidente, cada palabra, cada situación, puede tener interpretaciones— cabe de nuevo preguntarse, como al principio, a quién pertenecen las Malvinas. Y, naturalmente, caben toda clase de respuestas. Para unos será la mera razón geográfica la que se impone: la relativa proximidad del archipiélago al continente le haría americano (¿chileno?,

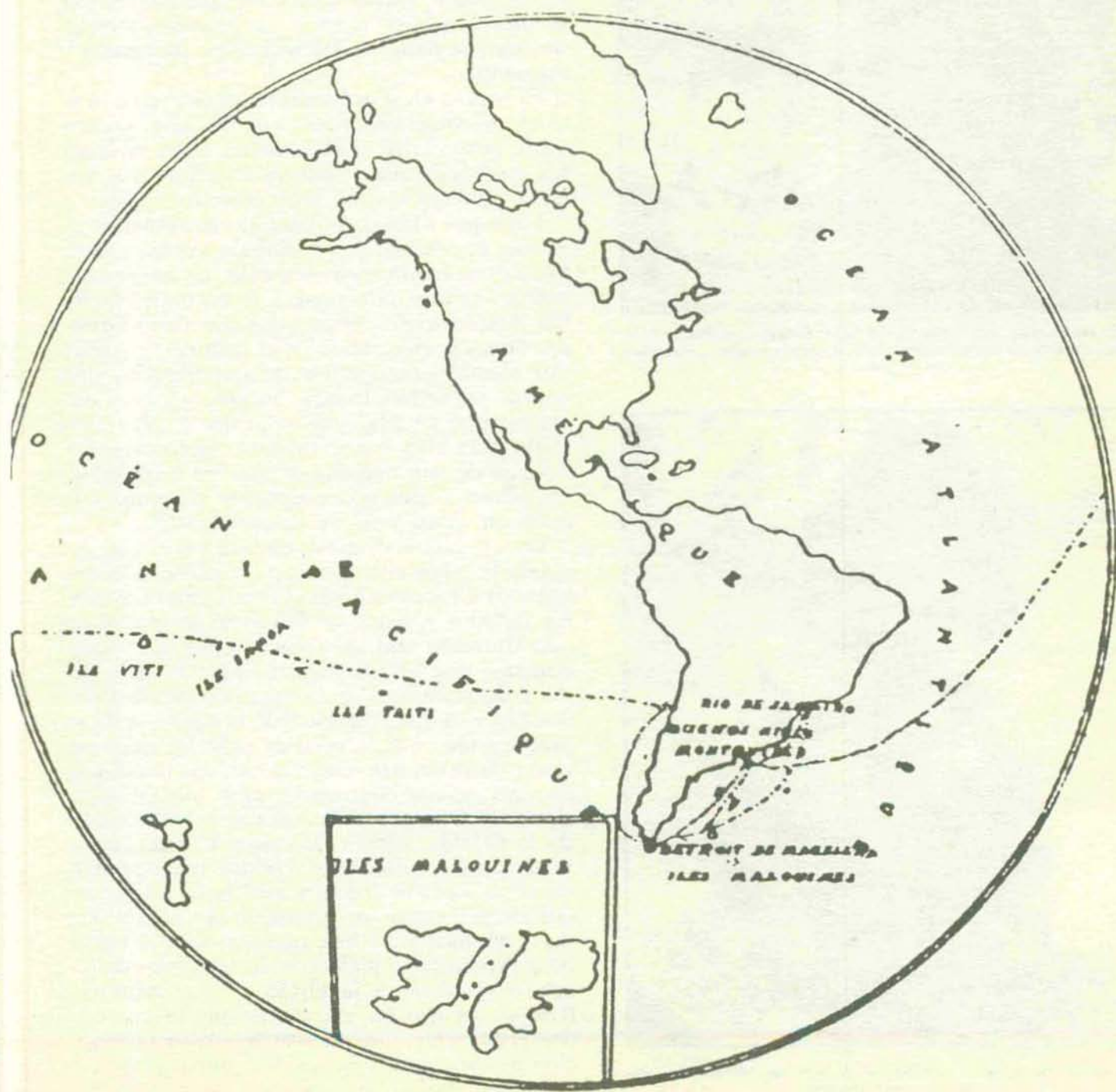
¿argentino? Esta duda se cruzaría también con la disputa entre esos dos países sobre Beagle), precedente jurídico peligroso (¿son las Canarias africanas? ¿Es España una potencia imperialista y colonialista en esas islas de otro continente? ¿Es Córcega parte de Francia o debe serlo de Italia?) para otras situaciones. Para otros es válida, sobre todo, la cuestión de la herencia: Eran españolas y, por lo tanto, deben ser argentinas (¿o chilenas?). Puede verse también desde el punto de vista de sus habitantes, unos dos mil, con pasaporte británico. Pero difícilmente podrían ser autónomos e independientes. Su riqueza —el ganado lanar, la pesca— es considerable, pero no la suficiente para darles la independencia y proclamar un nuevo país: no podrían subsistir. ¿Pueden ele-

Dibujo de Romainville, cartógrafo de la expedición de Bougainville, que recoge el periplo expedicionario del ilustre navegante francés.



gir ellos entre ser británicos o ser argentinos? La subjetividad interviene mucho en toda esta cuestión. Situados, como lo estamos, en España, país enormemente cargado de subjetividades, las opiniones se reparten por impresiones. Hay quien opta por Argentina porque es un país de «la Hispanidad» y porque encuentra una cierta relación en el caso de las Malvinas con el de Gibraltar. Hay quien opta por Gran Bretaña porque siempre se debe responder con fuerza al acto de fuerza. Para unos, es un acto propio de una Dictadura, no muy distinto a las anexiones territoriales de Alemania y de Italia que llegaron a producir la guerra mundial, y para las cuales podrían también tener razones históricas y geográficas Hitler y Mussolini: sin embargo, están oficialmente consideradas co-

mo actos de agresión. Hay una opinión de la extrema derecha —y no tan extrema— que apoya a la Argentina por el hecho de que está gobernada por una Junta Militar, y es un tema que incide con el «proceso» y los intentos golpistas españoles. Aducen que sólo ese estamento tiene el brío suficiente para restablecer sus derechos robados, mientras que en las democracias, como la española, se deja perder eternamente Gibraltar (no citan el hecho histórico tan claro de que durante el régimen militar del Generalísimo se perdió el último girón de imperio, el de Marruecos y el del Sahara, y que jamás se reconquistó Gibraltar). Para la izquierda, el sentimiento es el mismo sólo que enteramente al revés: Argentina ha dado el golpe para forzar a su población a un naciona-





Ronald Reagan, actual presidente de los Estados Unidos de América, durante su campaña presidencial como candidato republicano.



Caricatura en la prensa anglosajona de la Primera Ministra británica Margaret Thatcher.

lismo que la una en torno a ella y para tomar medidas de guerra, con lo que hace imposible el regreso a la normalidad política. Hay quien cree que hay que apoyar a Gran Bretaña porque somos europeos, y hay quien cree que debemos apoyar a la Argentina porque somos hispánicos. Esta última contradicción es la más enojosa para el gobierno en ejercicio. Aspirante adelantado a la OTAN, y retrasado a la Comunidad Económica Europea, ve como Europa se alinea junto a Gran Bretaña; pero no puede hacerlo también España por su hispanidad y por el peso de los estamentos de la derecha en el poder. Aliada de los Estados Unidos, ve con horror como los Estados Unidos se alían con Gran Bretaña; enemiga de la URSS, ve como la URSS lo hace con Argentina. Emite, entonces, comunicados de buena voluntad, se ofrece a la mediación, se proclama neutral después de haberse definido como próxima a la Argentina...

El suceso en sí es bastante considerable; hasta el punto de que puede creerse, hoy, sin ninguna perspectiva naturalmente, sino viviendo los acontecimientos, que va a influir en la historia mundial de los muy próximos años.

La Junta Militar ha recibido el apoyo de su propia oposición; y ha recibido también el de los países americanos, sea cual sea su régimen político (Cuba, Nicaragua). Estos países no están simplemente enfrentados con Gran Bretaña, cuyas pertenencias en el continente son ya tan escasas como faltas de importancia, sino contra «el colonialismo», aunque sea muy discutible que las Malvinas sean tierra colonizada (falta para ello, esencialmente, el no consentimiento de sus habitantes; que en realidad se manifiestan contra la ocupación argentina y la califican, a su vez, de colonización).

En el «colonialismo», en este caso, está incluida la intervención directa o indirecta de los Estados Unidos en todo el continente. Los cuales Estados Unidos se han visto atrapados en una situación aún más grave —por su trascendencia— que la del Gobierno español. Creadores y dominadores de la organización de Estados americanos, creadores de la frase —y de su propaganda— de «América para los americanos», tendrían que estar al lado de la opinión general de ese continente; pero aliados especiales de Gran Bretaña, creadores y directores de la OTAN, tienen que estar al lado de los británicos. Los Estados Unidos mantienen la doctrina Reagan según la cual las revoluciones latinoamericanas son producto de la URSS y del Comunismo, y han presentado a la República Argentina y a Chile como ejemplos de cómo se combate a la URSS y al comunismo; Reagan incluso ha expresado que la cuestión de los derechos humanos es relativa a la dirección política de los países. Sin embargo, se encuentran ahora con que uno de esos países



Manifestación en la Plaza de Mayo de Buenos Aires, el 10 de abril de 1982, en apoyo de la integración de las islas Malvinas a la República Argentina.



Louis-Antoine de Bougainville, marino francés que realizó entre 1766 y 1769 la vuelta al mundo, haciendo una exploración detenida de las islas Malvinas.

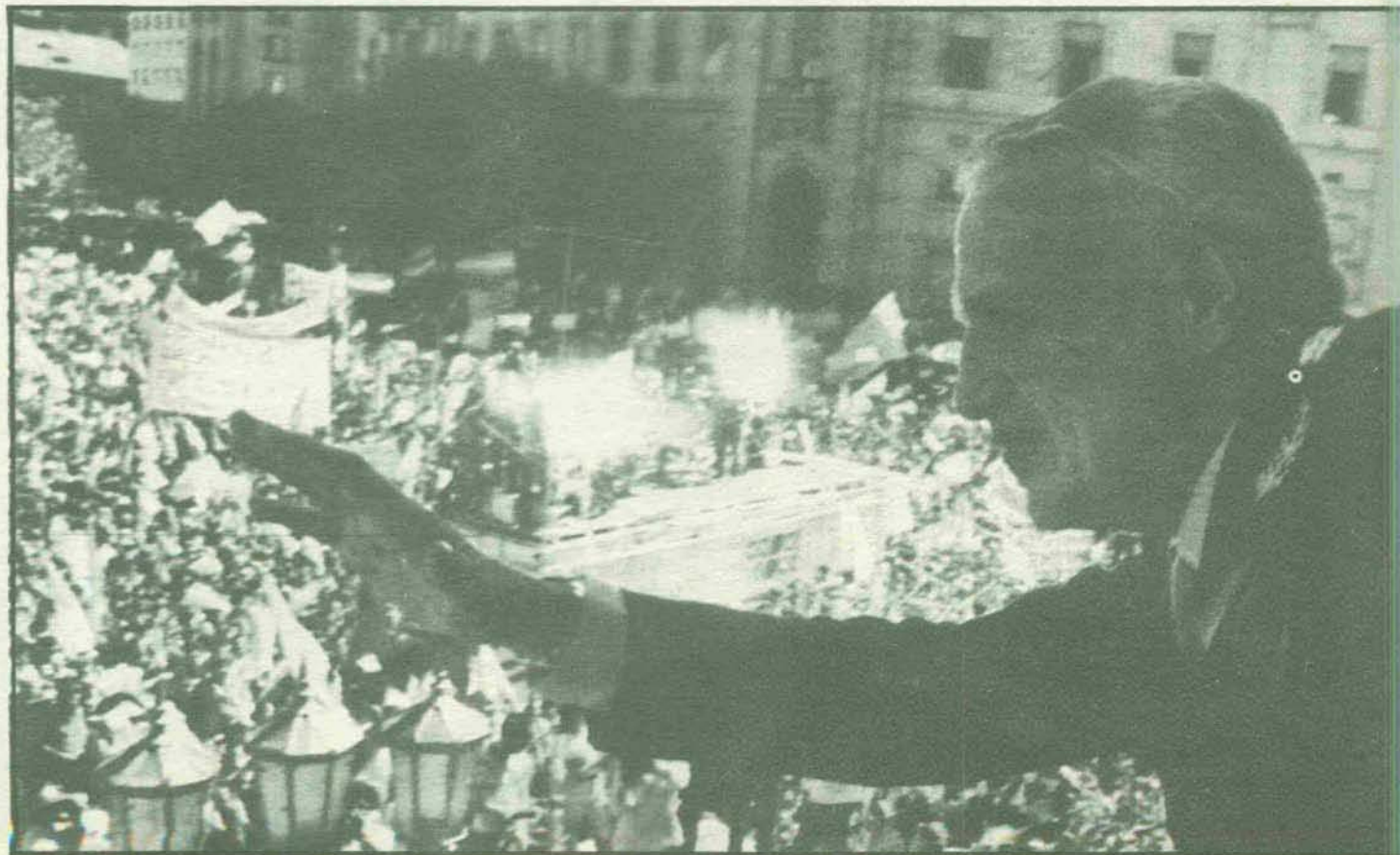
ejemplares puede aparecer aliado de la URSS y de Cuba y de Nicaragua, en los cuales ha concentrado toda su capacidad de rechazo. Mientras esto sucede, comienza a sentirse un renacimiento de viejas fuerzas olvidadas, como las nacionalistas: se es nacionalista continental, y hay un nacionalismo muy fuerte latinoamericano que se enfrenta con un nacionalismo no menos fuerte, el del continente europeo. La URSS evidentemente aprovecha la situación para ahondar en la división del mundo occidental; Cuba y Nicaragua para ser admitidas en la sociedad latinoamericana y para rechazar cualquier intervención exterior. Mientras tanto, la OTAN ve riesgos gravísimos en su alianza militar. La flota británica está comprometida en la nueva guerra de la Antártida: no cumple sus misiones en la zona del Atlántico Norte. Con más preocupación aún observa lo que pueden considerarse unas maniobras con fuego real y objetivos reales: ha visto un gran barco de guerra, el General Belgrano, hundido por un solo torpedo, y otra gran unidad mucho más moderna y provista de defensas actuales, el «Sheffield», hundido por un solo misil. ¿Qué sucedería en una guerra de verdad? Si no hubiera contenciones, precauciones, miedo a las respuestas, ¿quedaría algo de la flota británica, de la flota argentina, o habrían sido ya enteramente hundidas por los proyectiles modernos? Hay que imaginar lo que podría ser, una gue-

rra auténtica, un cañoneo de Buenos Aires con proyectiles nucleares. Son datos que fuerzan aún más la **posición del pacifismo europeo**, y ya mundial: una guerra moderna es imposible.

Las perspectivas para una ampliación del conflicto son considerables. Si los Estados Unidos prestan a Gran Bretaña el apoyo logístico que ésta les pide, ¿podrían impedir que, a su vez, Cuba pusiera a disposición de los argentinos sus modernos aviones de combate Mig, soviéticos? ¿O que los soviéticos enviaran armamento a la Argentina, vía Cuba?

Entre los resultados menores de esta guerra está la posible caída de la Junta Militar argentina, si tiene que abandonar lo conquistado; también es posible la del gabinete conservador británico. En estos momentos, la opinión pública argentina, del color político que sea, se expresa a favor de la Junta, y la británica ha demostrado el apoyo al gobierno conservador dándole a ganar unas elecciones municipales en las cuales los conservadores eran perdedores eternos. Pero si uno de los dos tiene que retroceder, perder, abandonar su fuerza, ¿cómo reaccionaron las opiniones públicas?

Las preguntas son tantas como confusa es la situación política. La enseñanza real es la de que en un mundo de tensiones no hay movimiento, por insignificante o lejano que sea, que no repercuta en todo el conjunto. ■
E. H. T.



El presidente de la Junta Militar Argentina, general Leopoldo Fortunato Galtieri, saluda a la multitud reunida en la bonaerense Plaza de Mayo, en apoyo de su gestión al ocupar por sorpresa las islas Malvinas (abril de 1982).